



# DISCURSO

PRONUNCIADO EN LA

# ALAMEDA DE PUEBLA

POR EL LIC.

Don José María del Castillo Sánchez

SECRETARIO DEL E. CONSEJO DE GOBIERNO,

**EL 28 DE SETIEMBRE DE 1859.**

EN EL SOLEMNE ANIVERSARIO DEDICADO

POR LA JUNTA PATRIÓTICA Á LA

MEMORIA DE LOS HEROES

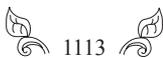
**DE LA INDEPENDENCIA.**



**PUEBLA.**

TIP. EN EL COLEGIO INDUSTRIAL,  
*Calle de San Marcos.*

**1859.**





**E**N la constante y progresiva sucesion del tiempo nos ha tocado, en suerte, ciudadanos, haber celebrado el aniversario trigésimo octavo de la Independencia Nacional, quitando esta corta tregua á nuestras constantes amarguras y prolongados quebrantos. Hemos desempeñado ya este deber sagrado, ocurriendo solícitos al llamamiento de la Pátria, para conmemorar los hechos heróicos de los hombres ilustres que nos dieron ser político; para referirnos recíprocamente sus proezas de abnegacion y patriotismo y para no consentir con nuestra indiferencia que el olvido ó la ingratitud posasen su mano atrevida sobre las brillantes páginas en que se registran nuestras glorias de imperecederos y perdurables recuerdos.

Cumplido ese deber, nos quedaba otro no ménos grato ó importante: el de consagrar á su memoria este dia fú-

—4—

nebre y luctuoso, y tambien lo hemos satisfecho concurriendo presurosos al santuario para postrarnos de hinojos ante el Dios de las eternidades y presentarle con la ofrenda pura de su Hijo sacrosanto, la de nuestras fervientes lágrimas pidiéndole la paz y el descanso de nuestros ilustres progenitores, despues de lo cual hemos venido á reunirnos en este lugar, que guarda las cenizas venerables de algunos, para dejar caer sobre ellas nuestras lagrimas y recibir y darnos los mas sentidos pésames por tan infaustos acontecimientos.

He aquí, compatriotas, el delicado encargo que tengo que cumplir por disposicion de la respetable junta, promotora de esta fiesta civil. Ella me ha honrado muy mas allá de mis merecimientos; y yo, que tomando en cuenta mis dotes de incapacidad é ineptitud, deberia haber rehusado tan importante encomienda, la acepté, estrechado por el sublime objeto á que se destina y contando con toda vuestra indulgencia.

Para referir dignamente las glorias y desgracias de los Padres de la Independencia de Anáhuac, mas que la pluma de Tácito desearia poseer el robusto y lastimero acento, la entonacion sublime y heroica del Profeta que en sentidos trenos cantó la destruccion y ruina de la ciudad deicida; pero á mi débil voz suplirá el fuego sacro que arde en los pechos de todos los que me oyen y en cambio os aseguro que mis palabras serán hijas únicamente de la verdad, de la sinceridad y del mas ascendrado patriotismo.

¿Y cómo hablaros en otro idioma, cuando voy á ocu-

## —5—

parme en relatar la muerte de nuestros padres, las causas que la determinaron, deduciendo de aquí las importantes y severas lecciones que para nuestro futuro aprovechamiento debemos recoger sobre sus túmulos ensangrentados? Nada por lo mismo reservaré del participio mas ó ménos directo que hayamos tenido en la consumacion de nuestra desventurada horfandad, ni vestiré nuestras maldades con el ropage modesto de la virtud: daré à cada cual lo que le corresponda y no abrigaré el remordimiento que produce el frio egoismo ó la rastrera adulacion.

La desoladora guerra de los once años, sostenida por nuestra Independencia arrebató à los hijos de Pelayo en la tierra privilegiada del nuevo mundo la joya de mas valia, la conquista mas importante que guerrero alguno hubiese consumado; pero para realizarla ¡qué de víctimas inmoladas! ¡cuántos sacrificios ofrecidos! ¡cuántas lágrimas derramadas! Respondan con su mudo silencio las solitarias tumbas de Puruáran, Valladolid y Ecatepec, que guardan los despojos exánimes de los Matamoros, Rayones y Morelos, sobre cuyas lozas humedecidas con el llanto de sus hijos reconocidos, la gratitud nacional ha grabado esta inscripcion sencilla y elocuente: "Aquí murieron por la Pátria" Allí dieron sus cuerpos al martirio y sus almas à la inmortalidad. No les fué concedido abordar à las venturosas playas de la tierra de promision y ni aún plugo al cielo otorgarles, como al legislador hebreo, distinguir sus morallas, pues que, en los designios inescrutables de la Providencia estaba escogido el nuevo Josué, à cuya sola presencia debia venir por tier-

## — 6 —

ra el edificio levantado trescientos años antes por la robusta mano de un conquistador afortunado, como se desplomaron los muros de Jericó al sonido de las trompetas del caudillo de Israel.

Iturbide, el grande Iturbide fué el caudillo privilegiado, que la Providencia escogió para realizar la grande obra de la Independencia, que proclamaran con entusiasmo ardiente desde 810, los Hídalgos, y Allendes, Aldamas y Abasolos, cuyos esfuerzos secundaron despues los Morelos y Minás, Teranes y Guerreros; pero que á ninguno fué concedido llevar á feliz término sino al hijo querido de la victoria; al soldado cristiano, al profundo politico, al génio tutelar de México, al esclarecido Agustín de Iturbide: nombre mágico, escrito con letras de oro en todas las páginas de la historia mexicana, grabado en todos los corazones que respiran: desde los humillados moradores de San Francisco hasta los peninsulares habitantes de Yucatán, y desde los que beben las aguas del Sabina hasta los remotos fronterizos de Guaymas.

Sobre las bases de una profunda ilustracion, fino tacto y consumada politica formó el célebre plan de Iguala, escritura solemne de nuestra redencion, y en el cual reconcilió los ódios, transijió los partidos, aseguró los intereses y robusteció las esperanzas de todos los habitantes de la vasta América del Septentrion, porque en él se adunaron la Religion y la politica, se afianzaron las relaciones internacionales, se garantizaron los intereses de naturales y extrangeros; en una palabra, porque estaba fundado sobre los principios constitutivos de toda socie-

## —7—

dad, por esto fué proclamado y secundado simultáneamente en todo el país y bajo sus auspicios realizada felizmente, mas con la fuerza moral que con la física la obra magna de nuestra emancipacion política; y el 27 de Setiembre de 1821, la mas bella ciudad del nuevo mundo abria sus brazos y estrechaba en su seno á su denodado Libertador, sobre el cual se posaban las bendiciones de mil generaciones. En efecto, señores, el rival de Washington y de Bolívar penetró en la capital del Imperio en ese dia memorable, tremolando en sus invictas manos el glorioso pendon de Iguala, bajo cuya apacible sombra convocó á los mexicanos todos á sentarse en la grande asamblea que forman las Naciones, señoras de sí mismas.

¡Dia memorable y de recuerdos venturosos! yo te saludo con toda la efusion de mi alma: tú presenciaste el grandioso acontecimiento, que nos dió Pátria y Libertad, por eso tu nombre se ha repetido con júbilo entre los hijos de Iturbide, para quienes fué una ilasion hermosa de prosperidad y bienandanza!!!

Una vez conseguida la Libertad, su mismo conquistador se consagró con celo infatigable á establecer el gobierno que debiera regir los destinos de la nueva Nacion; pero el génio del mal, envidioso de la felicidad del nuevo pueblo, batió sobre él sus negras alas, y astuto, como la serpiente del Paraiso, supuso crímenes y faltas donde no habia mas que sinceridad y buena fé; vistió el acto sublime y generoso de la ovacion espontánea y justa del pueblo á su caudillo, con las negras tintas de la avaricia y la raicion y . . . consumó su triunfo, escogiendo para teatro

## —8—

de esa funesta hazaña un obscuro rincón del malaventurado pueblo de Padilla.

La Nación que había encontrado en su caudillo, todas las virtudes de los héroes, resolvió premiar sus servicios con la corona imperial que ciñó á su cabeza, entretejiéndola con los verdes laureles que adornaban su frente marcial, y ¿quién si no Iturbide pudo haberla llevado con mas justas razones, que fundaban su valor, su génio, su desprendimiento heróico, sus virtudes todas por fin, cuyo conjunto formaba un tipo verdaderamente espartano? Mas la funesta discordia, colocada entre el congreso y el Libertador vino con férrea mano á arrancarnos nuestras esperanzas: declaró nula la coronación de Iturbide: lo arrojó de la tierra que su potente espada nos había conquistado y lo precisó en su cruel ostracismo á mendigar la hospitalidad, en extranjera tierra, á semejanza del ínclito vencedor de Xerxes en los campos de Salamina. Sin embargo, su corazón, todo mexicano, justamente alarmado contemplando el abismo á que precipitadamente nos conducían nuestras aberraciones, mirando anuladas las garantías preciosas que fundaban nuestra independencia y desgarrada la preciosa enseña de Iguala, en alas de su impaciencia voló en nuestro socorro, para reunirnos de nuevo, bajo el pabellón tricolor y hacernos abjurar en el altar de la Pátria nuestros rencores y rencillas.

Así lo hacía saber desde Lóndres al congreso, ofreciéndole toda su cooperación para remediar los males que nos amenazaban, al tiempo que este lo declaraba traidor; lo ponía fuera de la ley; le prohibía pisar la tierra querida,

## —9—

en cuyo seno viera la luz primera, que habia conquistado con su valor y con su sangre y lo conminaba con la muerte si no obedecia la prohibicion.

Señores, al abrir estas negras y sangrientas páginas de la historia, el corazon se sobrecoge de terror; pero es preciso renovar nuestras llagas, para que con la sangre que destilen escribámos lecciones de escarmiento para el porvenir. La sangre es la ley de la humanidad; antes de la felicidad el sacrificio, antes de la redencion el calvario. Iturbide pisa la tierra de su nacimiento en las playas de Soto la Marina: allí hace patentes los designios patrióticos en que rebose su alma, y en compensacion recibe la sentencia de muerte: la escucha impasible y solo rechaza con varonil esfuerzo el concepto que lo supone traidor; se resigna á la muerte si su sangre ha de servir para reconciliarnos, y hacernos felices y muere gustoso, porque muere entre nosotros. ¡Rasgos sublimes, que honrarian á los Césares y Catones romanos! Iturbide, subió al cadalso en la tarde funesta del 19 de Julio de 1824, y sufrió con la resignacion de los mártires, el ignominioso suplicio á que lo arrastraron sus libertos, y su semblante livido con las convulsiones de la última agonía se volvió por la vez postrera á los mexicanos, para recomendarles el amor á la Pátria y la observancia de nuestra Santa Religion. Un momento despues las balas parricidas habian destrozado aquel corazon que solo latió para nosotros.

Tal fué el trágico fin del Padre de la Independencia mexicana, originado por las pasiones mas viles y rastreras; por los que se interesaban en la pérdida de nuestra Na-

## —10—

cionalidad; por los que veían en ella el término de sus esperanzas, fundadas en el aniquilamiento de nuestra raza. Así es la verdad; quitado de la escena el hombre, cuya espada nos diera Pátria y Libertad, estaba dado el primer paso hacia nuestra ruina; por esto la muerte del mártir de Padilla fué precursora del establecimiento de las tenebrosas lógias de York, cuyas funestas doctrinas salidas de las escuelas de Robespierre y de Marat han producido tan amargos frutos en la Patria de los Hidalgos é Iturbides. Ellas, parodiando ridículamente las tremendas matanzas de los Jacobinos de Francia en 1793 arrancaron de los hombros de Iturbide su imperial cabeza, y chorreando sangre la arrojaron á las turbas; ellas azuzaron el fatídico grito que en la obscura noche del 30 de Noviembre de 1828 convocó en la Acordada de México á la matanza y al pillage, y á merced de la luz de sus teas incendiarias se consumaron dentro del mismo palacio los crímenes mas groseros y repugnantes: ellas hicieron girones el glorioso pabellon trigarante, espatriando del suelo con que poco ántes habíamos brindado á aquellos que vieron como enemigos, para imitar la espulsion de los Moriscos de la Península, y pretendiendo quitar á la Iglesia sus inmunidades y privilegios, sembraron por do quiera la desunion y la anarquía.

Tales escenas, de suyo tan horrorosas y sangrientas no fueron bastantes para saciar la rabiosa zaña de nuestros naturales enemigos. Se colocó en el altar de la Pátria el ídolo inmundo del libertinage; se le dió el nombre seductor y mágico de Libertad; se nos quiso persuadir á que

## —11—

con adorarlo y promover sus cultos, marchábamos con paso presuroso por las sendas del progreso que conducen á la inmortalidad, y se levantó la guillotina para los que rehusaban contribuir á este adúltero y prostituido culto. Y ¿qué es lo que hemos conquistado despues de tanto delirio y maldad? Que lo digan los ensangrentados campos de Tolome, los escabrosos terrenos del Sur; las fértiles, ricas y hermosas comarcas de Guadalajara, Guanajuato, Puebla, Oaxaca, Veracruz....¿para qué seguir tan largo y dilatado catálogo? En todas partes, del uno al otro estrecho de la República, no encontramos mas que campos talados, poblaciones arruinadas, familias huérfanas, hombres mutilados. Y aun continuamos divididos; se nos llama de nuevo á la lid; todavia el cañon fratricida diezma á nuestros hemanos y el suelo privilegiado de Moctezuma se convierte en un vasto cementerio, en el que se miran hacinados los huesos insepultos de centenares de víctimas inmoladas en los altares del libertinage, del robo, de la ambicion, del sacrilegio, de la demagogia en fin.

Por ella desmembramos primeramente el territorio nacional con la pérdida de las ricas colonias de Téjas, cuya escision se consumó en 1832 en las llanuras tristemente célebres de San Jacinto. Ella levantaba y armaba nuevos combatientes en la capital de la República en Enero de 1847 y los azuzaba otra vez al combate cuando tronó el cañon americano sobre los muros de Veracruz, avisándonos que era llegado el tiempo aplazado por nuestros insidiosos vecinos para arrebatarnos nuestra nacionalidad y con ella todos los bienes que forman el patrimonio de

## — 12 —

los pueblos morigerados y virtuosos. No quiso sin embargo el cielo castigarnos de un modo tan tremendo, y aunque el invasor cruzó la República dejando en todas partes estampada su sangrienta huella, se contentó por entónces con cercenarnos nuestro territorio quitándonos los inensos y ricos terrenos de San Francisco de California, en donde, a la sombra del pabellon de las estrellas, se cosechan hoy los abundantes frutos de la union y de la paz.

¡Qué mengua ciudadanos! ¡qué vilipendio arroja sobre nosotros el recuerdo de tan desventurado suceso! ¿es este el fruto que hemos recogido de los sacrificios de nuestros héroes! ¿Así hemos dilapidado tan presto la rica herencia, que á costa de su sangre nos legaron los mártires de nuestra libertad política? ¿Así cumplimos con el encargo que el siempre memorable Iturbide nos hiciera de conservar la union, cuando violentamente separamos de la confederacion mexicana á nuestros hermanos los Californios, vendiéndolos por un poco de oro á nuestros ambiciosos vecinos?

Pero el menos, me direis, que tan tremenda y severa leccion produciria nuestro escarmiento. No, conciudadanos: no abandonaban todavía las falanges del Norte las humilladas playas mexicanas, cuando el clarin guerrero nos llamaba de nuevo á la lid en Guanajuato, despues en Guadalajara, en Puebla, en el Sur. Qué ¿será posible que no háyamos de probar siquiera los frutos de la paz, bajo el hermoso cielo de nuestra Pátria? Responded por mi, ciudadanos, pasead vuestras miradas por toda la vasta

## —13—

extension de nuestro territorio: fijádlas en el desventurado Departamento donde se meció la cuna de nuestro ínclito Libertador; despues en Zacatecas, en S. Luis, en Tampico, en Veracruz, en Oaxaca: allí la licencia no reconoce límites, allí entre los cantares de báquicas orgias, y los gritos tumultarios de las turbas se han derribado los altares de Dios, reconstruyéndose con sus mismos escombros los altares del paganismo; allí está proscrita la Santa Religion de nuestros padres y sustituida con asquerosas deidades, inventadas por cerebros enfermizos y delirantes; allí ha desaparecido la santa fé de nuestros mayores y en su lugar se ha colocado el repugnante y asqueroso materialismo; allí por fin está la demagogía, con todos sus horrores, con todos sus crímenes; allí está la demagogía, enemiga irreconciliable de todo lo bueno, de todo lo útil, de todo lo honesto, de todas las virtudes.

Ella desde 1855, armada con el puñal del asesino y la tea del incendiario ha empapado en sangre nuestro suelo, entrado á saco nuestras ciudades, incendiado desde los palacios hasta las humildes cabañas, destruido la agricultura, arruinado el comercio y sepultado en la mas desesperada orfandad á todos los habitantes de la República, sin excepcion del Sur al Norte, del Septentrion al Mediodia; en vano se han opuesto á su sangrienta marcha campeones de esfuerzo y de civismo: ellos han caido al golpe de la muerte, como la robusta encina á los golpes de la hacha del leñador; pero sus nombres se escribieron con letras de oro en el libro de la inmortalidad. ¡Manes heróicos de los Osollos, Maneros y Blancartes, de los Aljovines,

## —14—

Orihuelas y Vegas, perdonad si nuestros importunos lamentos vienen á turbar el silencio lúgubre de vuestros sepulcros; enjugad las lágrimas de vuestros agradecidos compatriotas y pedid al Regulador Supremo de las sociedades que mande sus bendiciones á la nuestra y con ellas la paz y la ventura!

Preciso es ya, Señores, despues de haber hojeado las luctuosas páginas que encierran la funesta hecatombe que tan bruscamente ha sacudido á nuestra Pátria, preciso es que entrando dentro de nosotros mismos, saquemos de ellas el aprovechamiento necesario para arreglar nuestra conducta y evitar que llegue el dia en que no tengamos Pátria, y que semejantes al Pueblo deicida, vaguemos errantes por la vasta estension del mundo, sin la esperanza de morir en la tierra de nuestros padres.

El plan de Iguala, bajo cuyos auspicios conseguimos nuestra libertad hoy hace treinta y ocho años prescribe la observancia de tres preceptos los mas adecuados y esencialmente necesarios para nuestra existencia, como Nacion libre, soberana é independiente, ó mejor dicho, él entraña la razon de nuestra existencia política. Con la fé del creyente, la libertad ordenada y justa y la fraternidad, la raza hispano-americana será siempre feliz á pesar de las insidias de sus naturales enemigos: el funesto olvido de esos preceptos nos ha traído la desunion, la impiedad, el libertinaje y con ellos la desgracia, el deshonor, la muerte. ¿Qué tiene pues de extraño que en el corto espacio de siete lustros que contamos de independientes hayamos recorrido la escala de todos los crímenes, escandali-

## —15—

zando al mundo con nuestras locuras y extravíos, si hemos pisoteado constantemente el pacto que firmamos para hacernos libres? Y tan tortuoso camino ¿á que término nos conduce? al esterminio de nuestra raza en la Pátria de Iturbide. Escuchadme:

En el vasto continente americano existen dos razas esencialmente distintas, que marchan al traves de los siglos, cumpliendo el precepto que se impuso á la humanidad en su formacion. Estas dos razas son del todo diversas por su idioma, por sus costumbres, por su Religion; la una es fuerte por su esfuerzo fisico, la otra por la fuerza moral que le da la observancia de su Religion, el ejercicio de su fé. Mientras las dos sean igualmente fuertes, no se desquiciarán, ocasionarán y mantendrán el equilibrio, que por las leyes del mundo fisico producen fuerzas iguales y contrarias. Cuando este equilibrio se pierda, succumbirá la mas débil, que no podrá contener los rudos empujes con que la arrollará para siempre el desbordamiento de la otra, cuya suerte nos espera en el término del camino que hemos emprendido, cegados por un funesto vértigo.

Volvamos sobre nuestros pasos; no sean estèriles las lecciones crueles que hemos aprendido sobre las solitarias tumbas de nuestros ilustres progenitores; imitémos su abnegacion y patriotismo; hagámonos dignos de sus heroicos sacrificios con la escrupulosa observancia de las preciosas garantías de Iguala, y el sol que alumbre ese felice dia marcará la calènda de la prosperidad y engrandecimiento del Pueblo de Iturbide.—DIJE.